

Un estallido horrendo se percibe
Y retiembla la tierra estremeciéndose.

Mil voces se alzan que vibrando suben
Hasta la altura con acento sordo.....
Y fuego..... fuego, gritan pavorosas.
Se vuelven las miradas contemplando
Como en círculos rápidos, horribles
Se ve que hasta los cielos se levanta
Una inmensa columna de humo denso,
Y luego en espiral gigantes llamas
Que parece que abrasan á las nubes.
A la vez el traidor francés, que mira
El incendio terrible, calculando
Que á los sitiados el pavor y angustia
Harán tal vez ceder con el espanto,
Redobla sus esfuerzos poderosos,
Aumenta su tenaz artillería;
Y como lluvia estallan las granadas,
Y revientan las bombas, y del rifle
Millares de centellas se despiden,
Y muerte, asolación, terror, ruina,
Cunde por todas partes, y mil gritos
Se oyen doquier; y gimen y sollozan
Las dolientes mujeres en la plaza,
Y de los niños oyéanse los gritos
Y el crujir de las ruedas de las bombas
De agua, que acuden al feroz incendio.
Y todas esas voces y esos gritos
Confundidos, un eco indefinible
Producen, que se asocia al estallido
De las mil bocas de rayado bronce!
Y así como del Etna enfurecido
Nos pintan la explosión aterradora

Que cien pueblos hundió bajo su cumbre
Mientras el eco del terror se oía
Sordo cruzar los montes y los llanos
Hermosos y floridos de Sicilia,
Así se oye el rumor que parecía
La explosión de un volcán estrepitoso.
Y así como se mira del Vesubio
Esa columna de humo que retratan
De Nápoles las aguas azuladas
Que las ruinas de Pompeya mojan
Y de Herculano los gigantes pórticos
Que la lava cubrió y besan dolientes
Esas olas que llegan á las playas;
Así se ve la colosal columna
Que dentro la ciudad al levantarse
Causa desolación y espanto y pena.
Una erupción parece aquel incendio
Que levanta sus grandes llamaradas
Mientras retumba al estallar las bombas.
Pero listos están los defensores,
Y acuden por doquier los ciudadanos,
Los ancianos, los niños, las mujeres
A los valientes á prestar auxilio,
Y se arrojan en medio de las llamas
Mientras silban las balas matadoras.

Allí se ven enmedio de aquel cráter,
Serenos á Berriozábal, que se afana
Por cortar el incendio. Mejía, Llave
Que el fuego obrador también combaten,
Y Foster y Loera, y muchos jefes
Y muchos ciudadanos denodados
Que con Ortega acuden presurosos
A evitar un desastre más terrible.

Al mismo tiempo entre el fragor del trueno
 Balcázar á sus ínclitos soldados
 Reanima con su bélico ardimiento,
 Y resiste valiente al enemigo
 Que rabioso se arroja con bravura.
 Allí luchando con valor Filópatro,
 Piensa en Elodia, y piensa que le ama
 Con imposible amor, porque de Amira
 Es el esposo prometido, y su alma
 Sólo amistad respira por Elodia;
 Y á un tiempo mismo su abrasada mente
 Le sugiere encontrados pensamientos.
 La voluntad paterna le aconseja
 Luchar hasta morir: el amor puro
 De Amira exige conquistar la gloria:
 Y gratitud le obliga que el cariño
 Pague de Elodia con afecto amigo.

En tanto sigue la sangrienta lucha,
 Obstinate, terrible, prolongada,
 Hasta que al fin medroso se retira
 El valiente francés de espanto lleno,
 Dejándole al azteca la victoria.

Cansado, y abatido, y extenuado
 El enemigo lleno de despecho
 Vuelve á su campamento silencioso.
 Pero Forey, sediento de matanza,
 No quiere descansar, todo lo mueve,
 Y nuevas luchas á librar se aprestan.
 Pasa un día y otro día, y nuevo empuje
 Dispone, despechado en su arrogancia.
 Transcurre la mañana en la fatiga,
 Llega la tarde y el cañón no cesa
 De arrojar sus horrendos proyectiles.

Y en tanto que en sus sombras se envolvía
 La tarde entristecida por la muerte
 Y ya la noche rápida bajaba,
 En los hombros de todos sus amigos,
 Coronados de lauros y de encina,
 El cadáver de Arnaldo es conducido
 A la mansión de paz de los guerreros.
 Allí, en vez de las lágrimas miedosas
 Del dolor de la muerte, se vertían
 Lágrimas de entusiasmo generoso.
 La madre heroica del heroico Arnaldo
 Con semblante sublime y voz robusta
 Mil bendiciones de su amor le dijo,
 Y en la frente del hijo idolatrado
 Colocó una corona inmarcesible,
 Imprimiendo en su pálida mejilla
 El ósculo postrer de su cariño.

Ortega, allí presente, como ejemplo
 De sublime valor, en bello elogio
 Lo presentó ante el mundo, y su entusiasmo
 Palpitar hizo á los ardientes pechos,
 Dejando aquellos sitios, conmovidos
 Todos los hijos de la heroica Puebla.

Con bella claridad los astros todos
 Comienzan á asomar por el Oriente,
 Precediendo á la luna silenciosa
 Que vendrá á iluminar á los valientes.
 Apenas se anunciaban los fulgores
 De la luna, de Oriente en las montañas,
 Cuando de la ciudad al Occidente
 Se prepara un asalto. El mexicano
 Observa el movimiento y se prepara
 También á resistir á los franceses.

De Veracruz allí los fuertes hijos
 Y los hijos de Túcpan su rifle arman
 Y de los galos el asalto esperan.
 Silencio sepulcral de pronto anuncia
 Que algo terrible pasa; que un ataque
 Poderoso se espera, y que muy pronto
 La sangre correrá del mexicano,
 Pero también empapará la tierra
 La despreciable sangre de los galos.
 De improviso el relámpago destella
 Del rayado cañón al estallido,
 Las luces de los rifles tronadores
 Por doquiera salpican en el aire.
 Desigual lucha trábese; los galos
 Impetuosos á la lid se lanzan;
 Con vigor les recibe el mexicano,
 Y ambos luchan con bélico denuedo.
 Entre la luz opaca de la luna
 Que el humo de los rifles oscurece
 Y las nubes del cielo tempestuosas,
 Se confunden los bravos lidiadores
 Cuerpo á cuerpo mezclados: silenciosos
 A ratos, y lanzando á ratos gritos,
 Avanzan unos, otros retroceden.
 Entretanto obscurécese la luna,
 Densas nubes se agitan por el Norte
 Y por Oriente brillan los relámpagos,
 Truenan los cielos, y á su eco sordo
 Contestan del cañón los fuertes ecos.
 Truena la tempestad en las alturas
 Mientras aquí en la tierra horrenda estalla
 La fiera artillería. Se confunden
 Los rayos poderosos de los cielos
 Del francés con las bombas impotentes:

La obscuridad aumenta con el humo,
 Y el enemigo arrójase violento,
 Pasa la brecha que el cañón abriera
 Y que de intento deja el mexicano.
 Pasan seis horas de combate horrendo,
 Ruedan al estallido de las bombas
 Las potentes paredes: se derrumban
 Las murallas; y salta el enemigo,
 Y hasta los patios rápidos se arrojan
 Unos, mientras los otros pavoridos
 Huyen precipitados. El silencio
 De repente parece que anunciaba
 Que no existen allí los contendientes.

Súbito un rumor sordo se prolonga
 Y se iluminan ambos campamentos.
 Era la llama del incendio. Entonces
 Se reconocen ambos luchadores;
 Quieren los galos ofender; en vano,
 Están circunvalados: los escombros
 Les cercan por un lado, por el otro
 Una muralla de valientes pechos.
 Un grito de terror lanzan los galos,
 Mientras los nobles mexicanos, llenos
 De ardiente caridad, así les dicen:
 “Ya no temáis, los mexicanos libres
 Os perdonan; rendid vuestros aceros.”
 Pálidos, demudados, temerosos,
 Rinden sus armas los valientes francos,
 Y Llave, lleno de nobleza heroica,
 Después que los venció, con faz risueña
 Recibe á los vencidos cariñoso
 Y les brinda la paz de la República.

Y en tanto el fuego que la lluvia apaga,
Cesa, y las nubes rásganse en los cielos;
Calma la tempestad, brilla la luna,
Y mientras á la plaza se conducen
Prisioneros y heridos y cadáveres,
El enemigo que huye, ni siquiera
Se atreve á levantar á sus heridos,
Que el generoso mexicano acoge.
Llave fué el héroe de esa noche espléndida,
Y Casarín, y Foster, y cien otros
Que le acompañan de entusiasmo llenos,
Y á la patria gozosos felicitan.

Ballesteros allí con valentía
Anima á sus soldados, y Martínez
Y Zárate también heroico ejemplo
Dan de valor patriota y bizarría,
Y Jalisco, y Toluca unen sus nombres
De San Marcos al nombre memorable
Y de San Agustín, donde han grabado
Díaz y Balcázar sus brillantes hechos.

Ya al rendirse el francés, súbitamente
Se oyó un trueno, y el pecho atravesando
Traidora bala al inclito Galindo,
Súbitamente le arrancó la vida
A ese noble valiente que animoso
Luchó con sus heroicos batallones:
Y al eco de la gloria se mezclaron
Las lágrimas de amor sobre aquel joven
En cuya frente de ciprés y encina
Una hermosa corona le pusieron
Las vírgenes de Puebla enternecidas,
Mientras vengar juraron esa sangre
De Zaragoza invicta los caudillos.

Pronto otra vez escúchase el estruendo
De los morteros que la muerte lanzan.
Y así como después de la tormenta
Que el terror y el espanto difundía
En los valles, las selvas y los montes,
Sigue la calma silenciosa, y queda
El campo hundido en funeral desmayo,
Y á poco de los rápidos torrentes
Que de los montes bajan y se tienden
En ríos en los campos esmaltados,
Se oye un rumor terrible que desciende
Porque en masa las aguas mugidoras
Unidas corren con violencia, y fuertes
Se precipitan con horrible estruendo
Al llevarse los árboles, las rocas,
Todo lo que á su paso se presenta,
Causando un estallido formidable.

Así, después de la feroz batalla,
Quedó todo en silencio sepultado.
Pero luego, otra vez se oye el estrépito
De voces y de gritos, mientras zumban
Las bombas en la atmósfera serena;
Y otra vez el cañón su trueno estalla,
Y otra vez las campiñas se oscurecen,
Y la luna otra vez su faz oculta
Entre el humo que cubre el horizonte.

Entretanto, postradas, levantando
Sus cantares á Dios y sus ofrendas
Nueve doncellas, inocentes vírgenes,
De esas mujeres santas consagradas
Al servicio de Dios, y un sacerdote
Que sus ruegos fervientes dirigía,

Estaban prosternados, suplicando
 Por la tranquila paz, y á Dios pidiendo
 Que cesase el estrago de la guerra.
 Aromático incienso, ofrenda humilde
 De su oración sencilla perfumaba
 El ara del altar y la alta bóveda,
 Que retemblaba al estallido horrendo
 Del arma fulminante y espantosa.

El ángel de la paz tal vez cubría
 Con sus cándidas alas á esas vírgenes
 Víctimas del error y el fanatismo
 Que á su codicia vil las sacrifica!
 Tal vez llorando el ángel, sus cantares
 Unía al canto de las bellas vírgenes,
 Y al Dios omnipotente le ofrecía
 Aquel místico ruego de esperanza.
 Tal vez desde su trono de zafiro
 Dios les muestra su púdica sonrisa,
 Mientras los querubines al Dios sumo
 De esas castas esposas le presentan
 Las oraciones que el incienso eleva!

Súbitamente, como el trueno horrendo
 De la terrible tempestad, retumba
 Terrífico estallido que estremece
 Aquel vasto edificio en que se encuentran;
 Y la bóveda se abre, y retumbando,
 Sobre aquellas mujeres se desploma!

Una bomba cayó..... la muerte roba
 La vida á dos de esas mujeres santas:
 Siete quedan cubiertas con su sangre
 Que brota por doquier de sus heridas.....
 También la suya el sacerdote vierte.....

Mientras columnas de humo y polvo se alzan.
 Aquellas puras víctimas humildes
 Ni una queja exhalan de sus labios:
 Sólo oraciones, suplicas divinas
 Elevan al sentir crudos dolores,
 Pidiendo á Dios la paz para la patria
 En que vieron nacer la luz del día!

Al estallido de la horrible bomba,
 Con mirada siniestra é imponente,
 De la altiva Cholula en la pirámide
 Se vió entonces erguirse la gigante
 Sombra del dios terrible de la muerte;
 Y al brillo rojo de un fulgor incierto
 Lanzó horrible, terrífico conjuro.
 " Mi culto sanguinario, mis ofrendas,
 Dijo, eran los bárbaros tributos
 Del esclavo vencido, del profano,
 Que se negaba á conocer mi fuerza.
 Pero jamás mis fieles sacerdotes
 Me ofrecieron ofrendas inocentes;
 Jamás por difundir un falso culto
 Los templos profanaron mis guerreros;
 Jamás de mis naciones la cultura
 Llevaron mis soldados á otros pueblos
 Sacrificando á la inocencia humilde.
 Las vírgenes, los templos, los altares
 Dejaban mis valientes vencedores
 Dando culto á su Dios; y esos valientes
 Que hoy al nombre del Cristo, al mexicano
 Quieren civilizar, siembran la muerte.
 Pueblos de Anáhuac! no olvidéis mi acento:
 La sangre que derraman los traidores
 Fecundiza la tierra de los libres!

Y esos que hoy vuestra patria vilipendian,
Entre el remordimiento y el espanto
Y desesperación darán la vida....."
Dijo así el dios: y luego disipándose
Las sombras rojas que su sien velaban,
Desapareció en las nieblas de la noche.

Al disiparse las confusas sombras
Comienzan lentamente á los reflejos
De la dorada rubicunda aurora
Que apacible exhalando por doquiera
Flores y aromas y gososo encanto,
Asoma por las puertas del oriente.
Y apenas el albor de la mañana
Se derrama en las lípidas campiñas,
Cuando otra vez el fuego se repite
Por ambas partes. El villano galo,
Allá entre Norte y Occidente asoma,
Con cautela emboscado en los arbustos
Que bordan de Atoyac los arroyuelos
Y las sinuosidades de la tierra.
Los ven nuestros ginetes guerrilleros
Y al encuentro se lanzan impacientes:
Silban los rifles y la lucha empieza;
Se acercan, acometen, pero se oye
Un grito que deliene nuestras armas:
¡Viva México! gritan los franceses:
Y á esa voz tan querida al mexicano
El ímpetu detiene á sus corceles;
Mas es una traición; subitamente
Se abalanzan con ímpetu violento,
Y mil tronidos por doquier estallan.
Trábase entonces la tremenda lucha,
La ira del mexicano se despierta,

Y acomete y redobla sus esfuerzos
Y las columnas galas desbarata;
Hasta que al fin cansados, oprimidos
Por las terribles lanzas del azteca,
Huyen despavoridos los traidores.
Así camina presuroso el día;
La mañana se pasa en los combates,
Y comienza la tarde borrascosa
Envuelta en humo denso que despiden
Las mil bocas terribles retumbantes
De la feroz potente artillería.